

**Maquiavelo (1469 – 1527)**

Ni celeste ni infernal, la ciudad de los hombres

¿Conocemos realmente a Maquiavelo? Tiene 23 años cuando acaba de descubrirse un nuevo mundo, las Indias. El Renacimiento arde en genios voluntaristas, unos surcan los mares, como Colón, Vasco da Gama. Otros en Italia apuntan a los cielos, como Copérnico. ¿Es uno de esos voluntaristas? En 1498, los florentinos echan a los Medici y se dan un gonfalonero de por vida, un poco el dictador popular a la manera romana. Maquiavelo es uno de los Secretarios. Tiene 29 años cuando es nombrado en la segunda Cancillería, nombre hipócrita para quien se encarga prácticamente de todo: la intendencia, las visitas diplomáticas al exterior (Roma, Alemania, al reino de Francia) y aconsejar a Soderini, hombre de guerra, elegido por conducir esa república de Florencia que no quiere tener señores. Cosas del Renacimiento, ciudades-estado. Soderini combate, probablemente intriga, y quien sabe siga los concejos del prudente concejero en el que nadie repara. Y esa aventura durará 14 años, hasta que vuelven los Medici y Nicolás Maquiavelo conoce la prisión, probablemente la tortura y algo peor, el exilio. Maquiavelo en el destierro, escribe: *El Príncipe* y *Los Discursos*. ¿Dónde ha aprendido lo que sabe de los hombres, de sus apetitos y que vuelca en sus libros? Empíricamente, en el trato con ellos. Sabe observar. Nos dirá cómo somos. Unos se lo agradecen y otros, pasado algunos siglos, no se lo perdonan.

Para el filósofo italiano Benedetto Croce, en la no menos tempestuosa Italia de nuestro tiempo, Maquiavelo es el primer pensador de la política de los tiempos modernos que la piensa como un saber autónomo. Con sus propias leyes, enormemente distintas de la moral (pero no por ello, inmorales). Con él comienza, dice Adrian Kmelniczky, “la secularización de la política”, pero esto solo lo entienden los cultos, los políticos y los profesores de ciencias políticas. Hay tres Maquiavelo. El primero es de quienes lo creen un canalla, maestro de otros canallas. Es la versión vulgar, por lo general de quienes no lo han leído nunca, ni lo leerán, ¿para qué? Son los que se han quedado en el maquiavelismo, la mala fama, el actuar sin escrúpulos, el uso del fraude, del disimulo y la praxis de la deslealtad. Hay un segundo Maquiavelo, es el de los hombres de acción, políticos profesionales pero también militares, le agradecen haber introducido el concepto de *virtu*, es decir, en romano, del coraje, la decisión. Le agradecen que haya admitido también el otro lado de la moneda. En política no todo lo decide el carácter y la determinación individual. Interviene una diosa caprichosa, la fortuna. Coraje y fortuna,

dos llaves maestras para analizar situaciones, escenarios, destinos. Todo esto conduce al decisionismo, una doctrina de Estado que en el siglo XX llevó al filósofo alemán Schmitt (yo diría teólogo), a proponer que política es saber quiénes son tus verdaderos enemigos. Cuidado, quien lo leía con mucho provecho se llamaba Adolph Hitler. Pero a Maquiavelo no le podemos pasar la cuenta de todos los excesos de los jefes mesiánicos. Era un frío, un calculador y si alguna palabra lo resume, al menos en sus lecciones, es la palabra realismo. En nombre de ella, en la conducción de un Estado, había a veces que tomar una y otra decisión cruel y terrible, pero no por placer o sadismo.

En resumidas cuentas, ¿qué nos dijo? Que la política no es la ciencia de la felicidad, contrariamente a lo que pensaban los filósofos antiguos. Tampoco es una ciencia exacta, lo inesperado está al acecho, el azar. Una crisis, una guerra. Tampoco es una técnica de gestión, no maneja solamente cosas sino hombres, sobre los cuales Maquiavelo echa una mirada desencantada, “se puede decir en general que son ingratos, volubles, ambiciosos, simuladores y disimulados”. Y añade, “huyen de los peligros”. Ya lo sabe el Príncipe, así son los seres humanos, y desde ese libro suyo de consejos le pide que sea prudente, “que el exceso de confianza no lo haga incauto y el exceso de desconfianza no lo vuelva intolerable” (Cap. VII, *De crudelitat et pietate*, de la crueldad y de la clemencia). Pero los consejos que da llamaron a escándalo. Si hay que elegir entre ser temido o ser amado, el temor es más fuerte, dice, “y nunca los abandona”. Pero debe evitar ser odiado. Hoy, sin duda, el librito tiene un aire a manual de escuela de guerra, bueno para West Point o Saint-Cyr. A Maquiavelo le interesó enormemente la guerra. En realidad, deslizó conceptos del arte de la guerra al arte de la política y hoy lo leen, con provecho, en las escuelas de comercio, para las artes no exceptuadas de malicia del capitalismo. Arte quiere decir la manera cómo se hace o debe hacerse una cosa. Habilidad y astucia forman parte de ellas. Para el poder de los negocios y los negocios del poder.

En política, eran consejos que nunca se habían dado. Su intención, dice, “es escribir algo útil”, decir la verdad y no “su representación imaginaria”. Pero precede al joven secretario de la segunda Cancillería, varios siglos de una doble ilusión. Las utopías de los griegos, “muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie vio nunca”, o sea, un corte de mangas al mismísimo Platón. No dejaba de ser Maquiavelo a menudo un impertinente, y por eso también producía temblores. Por otra parte, habían centenas de “manuales de príncipes” en el largo milenio medieval, escritos por lo general por hombres de sotana, a los que recuerda que “el modo en que se vive y el modo en que se debería vivir están muy lejos”. Los hombres no son

ángeles. Maquiavelo no dice cómo deberían ser los hombres, sino como son. ¿Y es por eso que sigue espantándonos?

En fin, los poderosos también tienen tentaciones. Al Príncipe le dice que no deberían tocar ni los bienes ni las mujeres de los otros. Le dice, en otro dominio, que “si hay que derramar sangre, debe hacerlo”. Franqueza, mirada pesimista sobre la condición humana, su propósito es la tarea ingrata de salvarnos mediante el feroz método de un implacable realismo. Por lo demás, Maquiavelo es un creyente, no hay señales de ateísmo ni sabemos que tuviera mala conducta (ni que fuera un corrupto). El tema es otro. Siente lo que sienten en su tiempo los florentinos y probablemente, mucha otra gente desparramada en la bota de Italia, la necesidad de la libertas, el arte de gobernarse por sí mismo. De eso en Florencia están orgullosos. Por eso han llamado a Soderini y han contratado a ese joven claro que les dice cómo las cosas son. Una idea trota en la cabeza de muchos, y en el aire del tiempo, y ya se llama *della ragion di Stato*. Se viene el Estado moderno: el interés general por encima de los intereses particulares. Florencia es la antesala de la Prusia de Federico II, de Catalina de Rusia. Y de Hegel, Bonaparte, de las repúblicas revolucionarias. Y no el Imperio romano germánico de los días de Maquiavelo. Es el papel de Florencia, madre de un mundo, como en sus días, lo fue Atenas.

Hay un tercer Maquiavelo. Es cierto que aspiraba a la unidad de Italia y en sus viajes estudia esa milicia de alemanes que no obedecía a un jefe sino a un Estado y le admira la administración de Francia que era un reino y no una ciudad-estado como Florencia. Pero bueno sería dejar de circunscribirlo a un campo estrecho, puramente italiano, y a su circunstancia, príncipes crueles o medio tarados a los que había que darles consejos de sentido común y verdades de polichinela, “no te fíes de los soldados que no son tuyos”. Hay que rescatarlo de ese pobre papel que le hemos atribuido: suerte de intelectual al servicio de condotieros ávidos. La reflexión crítica, digamos académica, hace rato que admite la contribución de Maquiavelo: secularizó la política, la arrebató a la teología. Sin embargo, puede hoy que convenga mirarlo desde la trama de ideas y personalidad, y orientarnos, a nosotros, gente de una época tan atribulada como la renacentista, hacia perspectivas esenciales que se han descuidado. Un viaje a dos lugares. Por una parte a Florencia, comunidad libre de comerciantes, nobles y pueblo, que explican de cierta manera, la propuesta del secretario florentino. Por otra parte, al territorio de *Los Discursos*. Maquiavelo, no escribe esta vez solo para el dominador sino para los dominados. Es obra de la madurez, y ahí está entero el pensador republicano. Lo cual conviene a la índole del presente trabajo.